

LA MUSICA EN ESPAÑA, HOY (XIX)

# El nuevo mapa de las orquestas sinfónicas españolas

**M**ientras escribo estas líneas se trabaja en la formación de la Orquesta Sinfónica de Galicia, cuya dirección musical ha sido encomendada a Sabas Calvillo, y confirmo que se ha realizado el concierto de presentación oficial, el pasado 12 de septiembre, de la ya constituida Orquesta de Castilla-León, cuyo titular es Max Bragado. Esta Orquesta, que tiene su sede en Valladolid y ha programado su primera temporada a base de dobles conciertos quincenales, se sustenta en la Junta de Castilla-León y se ha formado desde cero, haciendo tabla rasa con respecto a la recientemente desaparecida Orquesta Ciudad de Valladolid.



**José Luis García  
del Busto**

Tras su etapa en Radio-2, de RNE, ejerce actualmente como director adjunto del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea. Sus publicaciones abordan fundamentalmente temas de música española y de la música del siglo XX.

\* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía, Europa, la Literatura, la Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles y Teatro Español Contemporáneo. El tema desarrollado actualmente es «La Música en España, hoy». En números anteriores se han publicado ensayos sobre *La música española y la prensa*, por Antonio Fernández-Cid, crítico musical y académico de Bellas Artes; *La enseñanza profesional de la música*, por Daniel Vega Cernuda, catedrático del Conservatorio Superior de Música de Madrid; *La música en la escuela*, por Elisa María Roche, profesora de Pedagogía Musical en el Conservatorio Superior de Música de Madrid; *Sobre los derechos de au-*

Son los dos ejemplos más jóvenes del florecimiento de orquestas que estamos viviendo en España en los dos últimos lustros, impulsado por la distribución de las capacidades de gestión y económicas que ha supuesto el Estado de Autonomías. Unas se han creado de nuevo cuño, otras se han relanzado y potenciado a partir de las que existían, a menudo en precarias condiciones y, en consecuencia, renqueantes. En el mismo 1991 se ha asistido a la presentación de dos nuevas orquestas andaluzas, ambas auspiciadas por la Junta de Andalucía en colaboración con los Ayuntamientos respectivos: la Sinfónica de Sevilla y la Sinfónica de Málaga. En ambas el procedimiento ha sido el mismo: creación nueva y abierta. De lo que existía previamente, si acaso, se recogerá la tradición. Larga es la que respalda a la orquesta sevillana, si entendemos como origen la histórica Orquesta Bética de Cámara que fundara Manuel de Falla en 1922 y en la que hicieron sus armas como directores el maestro Eduardo Torres y el jovencísimo Ernesto Halffter. Pero en tiempos más recientes, sólo el oficio ilusionante y la entrega de Luis Izquierdo, durante veinticinco años, mantuvieron las temporadas de una Orquesta Bética Filarmónica que trabajaba en muy pobres condiciones. La nueva Orquesta Sinfónica de Sevilla, cuya dirección se ha encomendado al yugoslavo Vjekoslav Sutej y que ofreció su concierto de presentación el pasado 10 de enero, tiene por delante un 1992 de vacas gordas para asentarse y trazar las líneas de un futuro sinfonismo estable que es de todo punto necesario en la capital andaluza. Por su parte, la Sinfónica de Málaga parece haber establecido una cierta continuidad. La anterior orquesta existía con ese mismo nombre y, desde el trabajo pionero de Pedro Gutiérrez Lapuente, venía operando en los últimos años bajo la dirección del rumano-español Octav Calleya, a

tor; por Claudio Prieto, compositor; *La iniciativa privada en la música*, por Antonio Aponte, licenciado en Ciencias Económicas y Sociología, y María del Carmen Palma, licenciada en Filosofía y Letras; *Música y nuevos medios electroacústicos*, por Gabriel Brncic, compositor; *Ser intérprete hoy en España*, por Alvaro Marías, flautista, director del conjunto «Zarabanda»; *El pasado en la música actual*, por Miguel Angel Coria, compositor; *El folklore musical*, por Miguel Manzano Alonso, profesor especial de Folklore Musical en el Conservatorio de Salamanca; *Música española en la radio*, por Carlos Gómez Amat, ensayista y crítico musical; *La musicología española*, por Ismael Fernández de la Cuesta, catedrático del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid; *Revistas y medios especializados sobre música*, por Andrés Ruiz Tarazona, crítico musical; *Televisión y música contemporánea*, por Ramón Barce, compositor; *Iniciativa pública de la música*, por Tomás Marco, compositor y director del Centro para la Difusión de la Música Contemporánea; *Los archivos musicales en España*, por José López-Calo, catedrático emérito de Historia de la Música en la Universidad de Santiago; *La música española en el extranjero*, por Arturo Tamayo, director de orquesta; *La documentación musical, luces y sombras*, por Jacinto Torres Muñas, catedrático de Musicología en la Escuela Superior de Canto de Madrid; y *Sobre la dirección de orquesta en España*, por José Ramón Encinar, director de orquesta y compositor. La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

**EL NUEVO MAPA DE LAS ORQUESTAS SINFÓNICAS ESPAÑOLAS**

quien se ha confiado la titularidad de la nueva Sinfónica malacitana. Se presentaron en concierto público el 31 de enero del año en curso.

Como en el caso de Galicia, Castilla-León y Andalucía, otras Comunidades Autónomas se han procurado recientemente instrumentos sinfónicos propios, nuevos o renovados. Una Fundación sustentada por el Gobierno Balear, el Ayuntamiento de Palma de Mallorca y el Consejo Insular ha hecho posible la Orquesta Sinfónica de Baleares u Orquesta Ciudad de Palma. Su director titular, Luis Remartínez, continúa, obviamente en mejores condiciones de trabajo, la labor que antaño realizaron por la música orquestal en Mallorca el coreano Ekitai Ahn o los españoles Heras, Busquier, Ribelles... La nueva orquesta balear dio su concierto de presentación el 30 de septiembre de 1989.

La Orquesta de Cámara de Canarias está en el origen del sinfonismo tiñerfeño. El maestro Santiago Sabina dirigió en Santa Cruz el concierto de presentación de aquel conjunto, inicialmente dependiente del Conservatorio, al que estuvo estrechamente ligado hasta su muerte en 1966. Tres años después fue nombrado director Armando Alfonso y, tras tomar cartas en el asunto el Ayuntamiento de la capital tinerfeña, la orquesta se amplió en 1970 y tomó su actual nombre de Orquesta Sinfónica de Tenerife. Desde 1981, la orquesta recibe soporte del Patronato de Música del Cabildo Insular de Tenerife y, en el 85, con asesoría artística de Edmon Colomer, comenzó la reestructuración y ampliación, que fue completada poco después, ya con Víctor Pablo Pérez trabajando como director asociado en la temporada 1986-87 e inmediatamente como titular. En tres años, la Sinfónica de Tenerife ha alcanzado cotas de calidad que la sitúan entre las primerísimas del país. También es larga la trayectoria que ha culminado recientemente en la remozada Orquesta Filarmónica de Gran Canaria. La actividad orquestal en Las Palmas la inició Lentini en el lejano 1845, siendo continuada por Millares Torres y Bernardino del Valle, con quien se llegó hasta 1928. Tras la guerra civil, una breve etapa del maestro Obradors dio paso a la de Gabriel Rodó y ésta a la de Marçal Gols bajo cuya dirección, en 1968, se emprendió el trabajoso camino hacia la profesionalización del conjunto. Tras un lapso en el que se denominó Orquesta Sinfónica de Las Palmas, en 1980, ya con el soporte del Cabildo Insular de Gran Canaria, se inicia la definitiva estructuración de la actual Filarmónica de Gran Canaria, en la que han trabajado varios maestros españoles, singularmente Encinar. Para la temporada 1991-92, se anuncia a Gabriel

Chmura como director principal y a Antoni Wit como principal director invitado.

Con punto de arranque en 1939 y contando con la labor pionera en Oviedo del maestro Muñiz Toca, la cara juvenil de la Orquesta Sinfónica de Asturias, que inicia ahora mismo una nueva etapa de gestión y artística, nos viene dada desde 1983, cuando la apuesta económica del Principado y del Ayuntamiento ovetense dio vía libre a la profesionalización de un conjunto que, desde una labor muy modesta, levantó el vuelo junto a la batuta de Víctor Pablo Pérez, quien fue su titular entre 1980 y 1988.

También en los ochenta se ha renovado la Orquesta Sinfónica de Bilbao. Deriva de la Orquesta Municipal que hizo su concierto de presentación en la capital vizcaína, bajo la dirección de Arámbarri, el 25 de febrero de 1939, adelantándose a las varias orquestas municipales que surgieron en la inmediata posguerra. En rigor, la Sinfónica bilbaína venía de mucho más atrás, pues el 8 de marzo de 1922 registran los anales el concierto inaugural de una Sinfónica bilbaína que animó el maestro Armand Marsick y de la que fue luego titular Vladimir Golschmann, uno de los maestros de Arámbarri. En sucesivas etapas, más o menos largas, nombrados titulares o ejerciendo como tales, mantuvieron el sinfonismo en Bilbao Ivés Limantour, De Bavier, Frühbeck, Bolet, Pirfano, Ruiz Laorden, García Asensio... La mencionada renovación parte de 1981, cuando la Diputación de Vizcaya asumió compartir con el Ayuntamiento bilbaíno el coste de la Orquesta, contando con una colaboración del Gobierno vasco.

En los primeros lustros del siglo, San Sebastián se vestía de gala en verano, también en el terreno sinfónico, con los conciertos de la Orquesta del Casino, semanas para el esplendor del maestro Arbós y un contingente de músicos que, básicamente, eran la Sinfónica de Madrid en vacaciones activas. Ciertamente hubo una orquesta de San Sebastián con la que se esforzó Ramón Usandizaga, pero, una vez mencionada la meritoria labor de la Sinfónica bilbaína, para seguir tratando de la vida orquestal hoy en el País Vasco hay que pasar inmediatamente a la reciente Orquesta Sinfónica de Euskadi, cuya sede se establece en la capital donostiarra desde que se constituyó en 1982 bajo los auspicios del Gobierno vasco, encomendándosele la dirección, con carácter de «gesto», al veterano maestro Enrique Jordá. Posteriormente se vinculó a la Sinfónica de Euskadi Miguel Angel Gómez Martínez en calidad de asesor musical; junto a éste, Odón Alonso y Enrique García Asensio son los directores españoles que más han frecuentado su podio.

**EL NUEVO MAPA DE LAS ORQUESTAS SINFÓNICAS ESPAÑOLAS**

Este panorama de orquestas jóvenes, por ser de creación reciente o por haberse reconstituido con nuevas estructuras y planteamientos, se redondea con la mención a otra que lo es también por el motivo implícito en su nombre: la Joven Orquesta Nacional de España (JONDE). Dirigida desde su fundación por Edmon Colomer, la JONDE se presentó en concierto en el Teatro Real de Madrid el 15 de enero de 1984, desarrollando desde entonces un apropiado modo de trabajo que no sólo da frutos de excelentes conciertos esporádicos, sino que ante todo es forja de jóvenes instrumentistas que poco a poco van accediendo a puestos relevantes en conjuntos profesionales o incluso inician carrera solista. Con voluntad de representar con su mención a tantos esfuerzos, de ayer o de hoy, brotados de los Conservatorios y más caracterizados por el voluntarismo que por sus posibilidades reales de acción, recordemos la presentación en el murciano Teatro Romea, el 30 de enero de 1990, de la Orquesta Sinfónica del Conservatorio de Murcia, conjunto que dirige Benito Lauret y en el que se integran profesores y alumnos, nacido con el apoyo del Ayuntamiento de esta ciudad, en la que un festival de orquestas jóvenes que se viene celebrando en primavera, más esta iniciativa, la convierten en foco especializado en irradiar actividad sinfónica juvenil.

De entre las orquestas municipales destaca por su continuidad y trayectoria la de Barcelona, seguida por la de Valencia. Al constituirse ambas, recién concluida la guerra civil, se erigían en depositarias de muy larga tradición. En Barcelona, los maestros Casamitjana y Manent, entre otros, iniciaron la actividad de conciertos orquestales en el entorno de la Sociedad de Conciertos Clásicos, fundada en 1866. Después, la Sociedad Catalana de Conciertos, fundada en 1892, disponía de una orquesta que marcó un considerable hito con el maestro Nicolau al ofrecer en 1900 el ciclo completo de sinfonías de Beethoven. Ya en nuestro siglo, en 1910, nació la Orquesta Sinfónica de Barcelona bajo el impulso de Juan Lamote de Grignon, quien fue su titular hasta 1926. Por entonces efervescía la singular y personalizadísima experiencia de la Orquesta Pau Casals, presentada en concierto el 4 de febrero de 1920, relanzada en 1926 junto a la no menos singular Asociación Obrera de Conciertos y abruptamente interrumpida en 1936. Tras la contienda bélica, César Mendoza Lasalle animó la Orquesta Filarmónica de Barcelona, de cuya parca historia resalta con fuerza el estreno absoluto del *Concierto de Aranjuez*. Pero fue en 1943 cuando el Ayuntamiento de la ciudad condal promo-

vió la Orquesta Municipal de Barcelona, que fue un magnífico instrumento, junto a la batuta de Eduardo Toldrá, desde el concierto de presentación —el 31 de marzo de 1944— hasta que el maestro, próximo a su fin, aceptó la responsabilidad del estreno mundial de la *Atlántida*, de Falla, que tuvo lugar el 24 de noviembre de 1961. La Orquesta, que pasó a denominarse Ciudad de Barcelona, acusó la orfandad como no podía ser de otra forma. Pasó por jóvenes manos, destacando los dos períodos en que fue dirigida por Ros Marbá, y ha estado encomendada las cuatro últimas temporadas a Franz Paul Decker, a quien sucede ahora Luis Antonio García Navarro.

Poco antes de la barcelonesa había hecho su presentación la Orquesta Municipal de Valencia, desde recientes fechas denominada Orquesta de Valencia. Fue el 24 de junio de 1943, bajo la dirección de Juan Lamote de Grignon. Se establecía con ella una actividad concertística regular que mejoraba las condiciones de trabajo con respecto a la Sinfónica de Valencia, que había nacido el 13 de mayo de 1916 en un concierto dirigido por Saco del Valle. Los precedentes más remotos de actividad sinfónica en la capital valenciana se remontan a 1890 y a las labores pioneras de Goñi, Valls y, entre otros músicos, del longevo maestro López Chavarri. Tras la etapa inicial a cargo de Lamote de Grignon, la Municipal valenciana tuvo brillantes encuentros con la batuta del gran pianista José Iturbi, quien acabó por ejercer la titularidad entre 1956 y 1963. Siguiéron García Asensio, Pirfano, García Navarro, Martínez Palomo, Benito Lauret..., y desde 1983 es titular Manuel Galduf. En ayeres de más a menos remotos, justo es recordar la vinculación a la Orquesta de Valencia de otros maestros locales, como Izquierdo, Ferriz o Cervera Collado.

Dos *viejas señoras* del sinfonismo hispano mantienen hoy el nombre y su actividad, ésta de bien distinto signo: la Orquesta Santa Cecilia, de Pamplona, y la Sinfónica de Madrid u Orquesta Arbós. La pamplónica, impulsada en 1879 por Joaquín Maya, desarrollaba una labor recatada que, durante años, se tornaba refulgente cuando Pablo Sarasate hacía su visita sanferminera a la patria chica y organizaba actos musicales en torno a su formidable violín. Esfuerzo generoso, oficio y entusiasmo han mantenido una meritoria actividad local en tiempos más recientes, siendo de destacar la labor del maestro Bello Portu, quien dirigió a la Orquesta Santa Cecilia durante más de veinte años (1962-1983). Su titubeante existencia se ha venido a asentar tras un proceso de profesionalización de la plantilla que ha culminado en enero de 1990. La Santa

**EL NUEVO MAPA DE LAS ORQUESTAS SINFÓNICAS ESPAÑOLAS**

Cecilia es una orquesta privada que se mantiene con la aportación de sus socios y una subvención del Gobierno navarro. Jacques Bodmer es su actual director.

De la animada vida sinfónica madrileña en la segunda mitad del pasado siglo, la Orquesta Sinfónica de Madrid es la más veterana heredera. El sinfonismo se estabilizó en la capital del Estado a partir del 16 de abril de 1866, cuando el maestro Barbieri dirigió el concierto de presentación de la Orquesta de la Sociedad de Conciertos recién creada. Tras Barbieri y Gaztambide, tuvo singular importancia la etapa 1869-76, en la que el maestro Jesús de Monasterio rigió los destinos de esta Orquesta, que ofrecía animadísimas temporadas en el Teatro del Príncipe Alfonso. Notoria fue también la batuta de don Tomás Bretón, quien, además de frecuentar el podio de la Sociedad de Conciertos, presentó una nueva orquesta el 11 de abril de 1878, la de la Unión Artístico-Musical, obteniendo tal éxito con su interpretación de la *Danza macabra* de Saint-Saëns que Bretón, sus músicos y sus partidarios eran conocidos con el apelativo de «los macabros».

Pero vengamos a nuestro siglo para dar con la Orquesta Sinfónica de Madrid, una orquesta que ha conocido momentos muy diferentes durante su larga historia. Su presentación oficial se llevó a cabo el 7 de febrero de 1904, en concierto dirigido por Alonso Cordelás. Entre músicos y director pronto empezaron las disensiones, mientras crecía la aureola directorial de aquel irreplicable hombre de mundo, compositor y sensacional violinista que era Enrique Fernández Arbós. La crisis estalló y se solventó con pareja rapidez: el 16 de abril de 1905, el maestro Arbós dirigió a la Sinfónica madrileña el memorable concierto que vino a iniciar una vinculación orquesta-director que sólo truncaría la muerte del maestro treinta y cuatro años después. En solitario durante dos lustros, y en competencia tan viva como noble a partir de 1915 con la Filarmónica de Pérez Casas, la Sinfónica y la Filarmónica de Madrid cubrieron gloriosamente la actividad sinfónica de la pre-guerra en la capital de España y con una extensión a las provincias que hoy nos asombra. Fallecido Arbós y absorbido Pérez Casas por la recién constituida Orquesta Nacional, más la pujante actividad que esta orquesta desarrolló desde sus inicios, el espacio para la Sinfónica y su hermana se fue estrechando en los años de posguerra y parecía inexistente en los años sesenta, tras la irrupción de la Sinfónica de la RTVE. Se apagó definitivamente la Filarmónica, pero no así la Sinfónica, que, tras un período dirigido por Vicente Spiteri, pasó a reorganizarse en un proceso que culminó en 1981 en forma de

convenio suscrito por el Ministerio de Cultura y la Orquesta constituida en Sociedad, según el cual la Sinfónica de Madrid, llamada también Orquesta Arbós en memoria de su gran maestro, pasaba a ser la titular del foso del Teatro Lírico Nacional de la Zarzuela, encargada de dar soporte instrumental a las representaciones de ópera, zarzuela y ballet, pero con capacidad de autogestión para administrar los fondos económicos recibidos y organizar su actividad sinfónica compatible con esa labor comprometida. La operación ofrece todos los visos de haber resultado sumamente positiva para ambas partes: las deficiencias orquestales que sistemáticamente padecían las temporadas operísticas en Madrid se han dignificado hasta llegar a veces a la excelencia, y la Orquesta Arbós no sólo ha podido subsistir, sino que ha ampliado y mejorado su plantilla y sube con frecuencia a los escenarios de las salas de concierto para ofrecer un muy notable nivel sinfónico. Carece de director titular y sus miras artísticas son enfocadas por una comisión formada por los concertinos y tres profesores de la orquesta elegidos por sus colegas.

Menor actividad sinfónica despliega la Orquesta del Gran Teatro del Liceo, si bien su trabajo regular en el foso y sus esporádicas apariciones en concierto revelan en los últimos años una calidad impensable para cuantos recuerden sus esforzadas prestaciones antes de la nueva etapa emprendida por el Consorcio que actualmente rige el coliseo barcelonés.

Bastantes otras orquestas, de actividad irregular aunque siempre de meritoria existencia, cabría mencionar: así, la Sinfónica Alcoyana, que camina hacia su cuadragésimo aniversario y que siempre ha estado animada por directores de la misma familia: los hermanos Rafael y Gregorio Casasempere Juan y en la actualidad por el hijo de éste, Gregorio Casasempere Gisbert. Las catalanas Sinfónica del Vallés y Sinfónica del Baix Llobregat; la Ciudad de Córdoba, la Sinfónica de Aragón, la del Ateneo Musical de Cullera (Valencia)... Pero la extensión dada al presente trabajo aconseja coronar ya con la referencia a las dos orquestas por definición de ámbito nacional: la Sinfónica de la RTVE y la más veterana Orquesta Nacional de España.

En los comienzos de los sesenta, y ante el auge de los llamados Festivales de España, el entonces existente Ministerio de Información y Turismo decidió la constitución de una orquesta sinfónica. En aquel momento, la RTVE era de las pocas entidades radiotelevisivas nacionales europeas que carecía de instrumento orquestal propio y se tomó el feliz acuerdo de crearlo así. Se

**EL NUEVO MAPA DE LAS ORQUESTAS SINFÓNICAS ESPAÑOLAS**

formó la orquesta, se hicieron primeros ensayos bajo las batutas del veterano José María Franco Bordons —en el tramo final de su vida— y del joven Cristóbal Halffter. Se nombró a Igor Markevitch, viejo amigo de España, director fundador y se convocaron oposiciones para cubrir dos plazas de directores titulares. Los maestros Spiteri, Pirfano, García Asensio y Ros Marbá acometieron la prueba final: la dirección de un concierto abierto al público, aunque se solicitó de éste la abstención absoluta de manifestaciones. Los entonces jovencísimos García Asensio y Ros Marbá obtuvieron las plazas, en las que el primero se mantuvo veinte años (1965-1984), mientras que el catalán abandonaba en 1967 para atender la llamada de la Orquesta Ciudad de Barcelona. Odón Alonso fue nombrado para sucederle, y el maestro leonés compartió las funciones con García Asensio hasta el cese de ambos en 1984, unas funciones que estuvieron considerablemente limitadas mientras duró la vinculación estrecha del maestro Markevitch a la Sinfónica de la RTVE. Miguel Angel Gómez Martínez (1984-87), Arpad Jóo (1988-90) y hoy Sergiu Comissiona les han sucedido en una labor que si durante los primeros lustros se caracterizó por la voluntad de casar el gran repertorio con refrescantes excursiones a su entorno —obras infrecuentes, encargos, estrenos—, en los últimos años ha propendido hacia el primer aspecto, coincidiendo con un progresivo apartamiento entre la Orquesta y RNE, organismo éste que ha perdido su antigua y fértil capacidad para el encargo y la promoción de nueva música. O lo que es lo mismo, la Orquesta de RTVE se parece más de lo deseable a cualquier otra: su explotación por parte de TVE es muy deficiente y totalmente carente de imaginación, mientras que la RNE pone gotas de ésta de vez en cuando y, al menos, difunde a toda España y graba todas las actuaciones de la Orquesta.

Finalmente, la Orquesta Nacional. En plena guerra civil, el Gobierno republicano creó en 1938 una Orquesta Nacional de Conciertos cuya dirección se encomendó al indiscutible maestro del momento: Bartolomé Pérez Casas. La idea fue retomada nada más terminar la contienda y la Orquesta Nacional, aglutinando a numerosos profesores de las históricas Sinfónica y Filarmónica, se funda definitivamente en el verano de 1940. Problemas políticos al principio y la decadencia física del maestro después acortaron la titularidad efectiva de Pérez Casas, pero su prestigio guió a la ONE durante esa década de los cuarenta. Los componentes de la Orquesta accedieron al funcionariado en 1946. Desde 1949 hasta

su prematura muerte en 1958, Ataúlfo Argenta fue el brillantísimo director de una Orquesta Nacional que alcanzó muy altas cotas de calidad. Ocuparon después su podio Rafael Frühbeck de Burgos (1962-78), Antoni Ros Marbá (1978-81), Jesús López Cobos (1984-89) y Aldo Ceccato, que es el titular desde este 1991. Rodeada hoy, por ventura, de numerosas orquestas, varias de ellas bien competentes, la ONE cabe decir que ha ostentado durante más de tres décadas una clara hegemonía en el terreno de los conciertos sinfónicos españoles por su estabilidad, su proyección nacional (aunque ésta siempre ha sido tildada de corta) y su calidad. Algunos baches perceptibles a lo largo de los últimos años, en parte achacables a la profunda renovación que su plantilla ha tenido naturalmente que sufrir, no han llegado nunca a poner en peligro el mínimo nivel de calidad exigible a un conjunto que en definitiva es la orquesta de todos nosotros. Por lo demás, parece hoy en un buen momento.

Y bien, ya tenemos orquestas. El paciente lector habrá podido contabilizar referencias de alrededor de veinte conjuntos sinfónicos en activo hoy en España. Tenemos también auditorios, los históricos y los nuevos, creados de forma similar a como hemos visto para las orquestas: unos de nueva planta y otros mediante restauración o acondicionamiento de viejos teatros. Se mantienen los grandes festivales de larga tradición y proliferan los nuevos, casi siempre con actividad sinfónica como base fundamental. Las presencias en España de orquestas extranjeras, incluidas las más importantes de Europa y América, son en los últimos lustros muy frecuentes... El espectáculo está servido. Pero no sería sano que nos alineásemos con un observador extraño que, ante el resumen de un año de actividad sinfónica en nuestro país, pensara que el camino de la música en España es un camino de rosas. Sí tenemos auditorios, pero si cualquier local, en cualquier parte y en cualquier momento, es insuficiente para albergar a los aficionados que quieren escuchar un concierto en el que Zimerman toca el *Emperador* dirigido por Giulini, hay que trabajar para lograr aficionados que puedan poblar suficientemente las localidades durante la temporada regular de cada sitio, hecha con sus posibilidades reales. Sí tenemos orquestas, pero con un porcentaje muy alto de instrumentistas extranjeros, lo cual en sí mismo no es ni bueno ni malo, pero indica las manifiestas carencias de nuestros Conservatorios, mucho menos mimados de lo que lo está el capítulo del espectáculo musical. Hay que caminar hacia el equilibrio.